

zada, democrática y solidaria. Tesis que sostienen hoy día casi todas las fuerzas políticas catalanas.

Por esta razón, afirma que "el 11 de septiembre no es la fiesta nacional de los catalanes de nacimiento. No es un reto o un ataque a las otras comunidades nacionales de España. No es una defensa frente a nadie, como no sea frente a las dictaduras, a la explotación y a la represión, vengan de donde vengan. Es un día ('Diada') nacional porque la celebra la mayoría de la población, porque es un día democrático". La consecuencia de todo ello es que "no cabe un nacionalismo minoritario y elitista, basado en una supuesta calidad del 'buen catalán', sino un nacionalismo mayoritario y popular, surgido de la cantidad de catalanes políticos, de nacionales democráticos, unidos solidariamente con otros nacionales democráticos y políticos de toda España".

Más discutible es su punto de vista, según el cual Cataluña aplica su derecho a la autodeterminación de forma automática a través del Estatuto del 31, de la Constitución del 78 o del proyecto de Estatuto actual, separando el concepto de autodeterminación y el de secesión, el concepto de nación natural y el de nación política o Estado, como exigen los nacionalistas puros. Es discutible porque quizá no valora suficientemente algunos de los condicionamientos del momento,

Libro polémico

"Lo que queda de España"

En un contexto de inevitable política, hipersensibilizado a extremos caóticos en lo que a "nacionalidades" respecta, la disidencia inevitable es hablar hoy de España. "Lo que queda de España", de Federico Jiménez Losantos, es, sin duda, el texto que provoca voluntaria y tácitamente reacciones para todos los gustos. A pesar de que su ámbito se circunscribe a la Cataluña actual —o quizá por eso mismo—, su tesis se extiende a los límites y fronteras geográficas de este país: nadie duda de la similitud situacional, del sentimiento nacional catalán, gallego, vasco o canario, con todas las terribles diferencias que ese mismo nacionalismo encubre o evidencia.

La negativa de El Viejo Topo a editar "Lo que queda de España" (1), al margen de recordar en cierta medida viejas conductas ancladas en la intolerancia y la inquisición heredadas al menos como reflejo condicionado, no es desgraciadamente un comportamiento único en la España de hoy. Tampoco lo será la protesta levantada por un centenar de intelectuales y la dimisión del director de la misma editorial, en la medida en que recogen el tradicional espíritu de resistencia al poder (cualquiera que éste sea) y a todas sus formas, encubiertas o evidentes, de censura. Al final, el procedimiento siempre será el mismo: el silencio a toda costa.

La lectura atenta, objetiva y respetuosa de los ensayos que se incluyen en el libro de Jiménez Losantos en modo alguno justifican los procedimientos censores que intentaron silenciar su publicación: esta generación última, a la que pertenecemos con Jiménez Losantos, que se ha negado a

padecer, en el victimario general, las inclemencias finales, las brutalidades, las vehemencias arbitrarias del franquismo, se enfrenta a la posibilidad no menos remota de padecer situaciones similares gestadas a partir y en nombre de las víctimas entre las que, queramos o no, todos estamos incluidos.

Estos ensayos de Jiménez Losantos, que pone el bisturí en la llaga purulenta de la mentira, desasosiegan a quien se engaña en ella, porque recogen —nada más y nada menos— la tradición de la modernidad en España y nos borra, queramos o no, de la amnesia a la que se ve abocada, por su torpeza intelectual, esta otra parte de nuestra propia generación, ida hacia el anglosajonismo o afrancesada en la vesícula de su propio invento como "generación". Azaña, Bergamín, Rosa Chacel, Juan Ramón Jiménez, vindican, en su esencia europea y universal, la historia de España, que no el Imperio o el centralismo. Tampoco para defender una política determinada ni un régimen específico. No es, en ningún modo, retomar el patriotismo siniestro de la extrema derecha, aunque sí de arrebatar el monopolio que ella hace —sin que a nadie importe, incluso a niveles intelectuales— de un sentimiento nacional español: arrebatar ese monopolio, a partir de los presupuestos y la memoria de la tradición del exilio republicano, la heterodoxia y el liberalismo identificado con la libertad y, por lo mismo, con la cultura. El error de la izquierda de ahora mismo es, y eso viene también a decir Jiménez Losantos, no haber asumido la historia de España y su propia historia (en cuanto al riesgo del lerruxismo: depende tanto de la conducta del PSUC como de la del PSA, por poner un caso).

En sus recurrencias y presupuestos fundamentales (lectura simultáneamente digerida de España en su historia y de España, un enigma histórico), estos ensayos serios, sueltos y espontáneos merecen una reflexión y un interés muy superior al resto de la literatura que diariamente se nos entrega como dogma vital. En lo accesorio, que nos lleva más allá de esta reseña para entrar en el campo de la discusión intelectual, algunas disidencias con Juan Goytisolo establecen, no obstante, puntos coincidentes en lo que a la condición del intelectual español se refiere (si bien desde ópticas distintas; quizá no opuestas, como pudiera parecer al lector poco avisado), desplazado este punto por la oportunidad de sus tesis sobre, por ejemplo, la emigración. El encendido elogio que Jiménez Losantos hace de España en América (fundamentalmente Lezama Lima) completa el cuadro españolista y reanima —en la tradición de finales del ochocientos y principios del novecientos— el camino interrumpido por la contienda interminable: el criticismo y la intelectualidad.

A no dudarlo, Jiménez Losantos inicia esa recuperación, a partir del conocimiento del riesgo que ello significa. En esta valentía, tan poco de moda, está también el principio final de su razón.

■ J. J. ARMAS MARCELO.

(1) Lo que queda de España, de Federico Jiménez Losantos. Ajolblanco. Barcelona, 1979. 264 págs.

